

no hay cautelas que aprovechen,  
pues milagros no aprovechan.  
Soy con damas Alejandro;  
con los sabios, trató veras;  
con los arrogantes, grave;  
con los humildes, oveja;  
con los avaros soy Midas;  
con los magnánimos, César;  
con los galanes, Narciso;  
con los soldados, la guerra;  
con los oradores, Tulio;  
con los poetas, poeta;  
con los músicos, Jusquín;  
con históricos, Illescas;  
con los arriscados, Casio;  
con los gramáticos, *etiam*,  
*templum*, *sermo*, *quis vel qui*,  
*ego*, *sensus*, *biblioteca*.

Mas sobre todo, señora,  
cautiva el alma en Ginebra,  
vine á dar, por mi desdicha,  
en las manos de una vieja.  
Atenta estuvo escuchando;  
y revolviendo en su idea  
quién esta vieja sería,  
echó de ver que era ella.  
Disimulando, calló  
y pidióme una receta  
para el mal de necedad,  
que es incurable dolencia.  
Tomé papel, tinta y pluma,  
y ella, corrida y suspensa,  
me rogó que le escribiese,  
y dije desta manera:

*Stultus tacendo, judicabitur sapiens.*

Que quiere decir, señoras,  
para que todas me entiendan,  
que, la que es necia, callando  
es tenida por discreta.

Con este récipe mío  
se fué muy triste la hembra,  
maldiciendo de sus años,  
yo culpando mi inocencia.  
Al fin, para concluir  
con sus gracias y mi afrenta,  
ella es fea y nada hermosa,  
ella es necia y no discreta,  
ella es sucia y nada limpia,  
ella engaña y amartela,  
y al fin es vieja, que basta,  
más pobre que seis poetas.

Es Lucrecia en castidad,  
y pasando de cincuenta,  
me dijo al cabo de un año:  
«Señor Rojas, soy doncella.»  
Y ¡vive Dios! que lo creo,  
que la vieja habló de veras,  
porque una mujer tan mala  
no es milagro que sea buena.

A vuestas mercedes ruego  
y suplico á todas ellas,  
así Dios les dé salud  
y muchas Pascuas como esta,  
que á nadie digan mi error,  
que á mi ceguedad no atiendan,  
que no descubran mis faltas,  
que en los hombres hay flaquezas.

Que callen como discretos,  
que como amantes aprendan,  
que las damas me disculpen  
y me perdonen las viejas.  
Que yo, como pecador,  
quiere hacer penitencia,  
vine á dar, por mi desdicha,  
en las manos de una vieja.

## 112

## XXVIII.—En alabanza del Domingo.

Son tantas y tan varias las comedias,  
tanta la muchedumbre de romances  
y tan grande el discurso de las loas  
que hasta ahora se han hecho, que me espanto  
que nadie pueda hacer más de lo hecho  
ni nosotros decir más de lo dicho.

Unos hacen las farsas de marañas;  
otros de historias, fábulas, ficciones;  
las loas de alabanzas de las letras,  
de plantas, de animales, de colores;  
uno alaba lo negro, otro lo blanco,  
éste el silencio, la humildad el otro,  
sin otras muchas de que no me acuerdo.

Y es trabajo tan mal agradecido  
esto de loas, como en otro tiempo  
fué de todos los hombres estimado,  
porque los versos se inventaron sólo  
para las loas (como dice Eusebio).

Que habiendo ya pasado el mar Bermejo  
con su gente Moisés, compuso himnos  
(que es lo mismo que loas) alabando  
al sumo Dios que tanto bien le hizo.<sup>1</sup>

Y todos los cantares que compuso  
Salomón á la esposa del esposo  
(según el texto) también se llaman loas.<sup>2</sup>

El profeta David también nos dice  
que alabemos á Dios, cuando en sus Salmos  
nos dice así: *Laudate pueri Dominum*,

*Laudate nomen Domini*. Y Porfirio  
también dice que Orfeo hizo estas loas,  
y el decirlas fué oficio antiguamente

de aquellos oradores tan insignes  
(según lo cuenta Plinio, libro sétimo),  
que entrando nuestro padre el gran Virgilio  
á decir una loa al gran Senado,

todos se levantaron y le hicieron  
una gran cortesía (merced rara  
á nadie hecha jamás, sí á emperadores).

Por otra loa que Pindaro había hecho,  
aquel invicto César Alejandro,  
yendo asolando la ciudad de Tebas,  
mandó que no tocasen á la casa  
de aquel famoso Pindaro, poeta.

Scipión el Africano, de contino,  
á su lado llevaba al poeta Enio  
por las loas que hacía, y éste, muerto,  
mandó le edificasen una estatua.

<sup>1</sup> Éxodo, cap. XV.

<sup>2</sup> Lib. I, *Canticorum* son. (Notas de Rojas, así como las que siguen.)

Los antiguos también, si uno moría,  
le hacían una loa en su alabanza,  
que es lo que ahora llamamos epigrama,  
endechas ó elegías, que esto es loas,  
y aquesto (según Livio) era gran honra.  
Loó á su padre muerto el buen Marcelo  
Cónsul; Suetonio, dice Cayo César,  
loó de doce años á su abuelo,  
y Tiberio de nueve, y en los Rostros,  
que es como ahora decir en los teatros,  
hizo una loa á su difunto padre.

Y Plinio dice que una de las cosas  
que eternizaron á Virginio Rufo  
que fué una loa de Cornelio Tácito.  
Vino esta dignidad de hacer las loas  
á tanta calidad y tanto punto,  
que Cicerón lo tuvo por oficio  
y aquel sabio andaluz Quintiliano.

El segundo Filipo, señor nuestro  
(que Dios tenga en su gloria como puede),  
cuatrocientos escudos dió de renta  
por una loa hecha á la Católica

reina doña Isabel, que el cielo haya.  
Las loas que compuso el gran Petrarca  
de aquella Laura, le han eternizado.

Y, según opinión de mucha gente,  
los sonetos, los himnos, las canciones,  
todos son loas, y fueron inventadas  
para loar y eternizar los nombres,  
para hacer inmortales á las famas,  
para animar los hombres que emprendiesen

cosas altas, empresas memorables,  
y en comedias antiguas y modernas  
para tener propicios los oyentes,  
para alabar sus ánimos hidalgos  
y para engrandecerles sus ingenios.

Y así, pues trató sólo de alabanzas,  
alabaré hoy domingo aqueste día;  
mañana lunes, trataré del lunes,  
y desta misma suerte, por su orden,  
todos los días que hay en la semana.

Digo, pues, que en domingo tuvo el mundo  
su principio, según escribe el Génesis:<sup>1</sup>

*In principio creavit Deus celum et terram;*

en domingo tendrán fin las desdichas,  
miserias y trabajos desta vida,  
porque, según Guillermo, en este día  
se ha de acabar el mundo miserable.

En domingo nació la Virgen nuestra,  
Madre de Dios, y en este mismo día  
Jesucristo nació desta Señora.

En domingo también el mismo Cristo,  
primero día de año, mes, semana,  
comenzó á derramar su santa sangre.

En domingo fué este mismo día  
el dulce nombre de Jesús le dieron.<sup>2</sup>

En domingo hizo Dios aquel convite  
á más de cinco mil personas juntas,  
con solos cinco panes y dos peces.<sup>3</sup>

En domingo, que acá dicen de ramos,  
el cordero dulcísimo, triunfando,  
entró en Jerusalén, de su enemigo,  
ya condenado á muerte, y en domingo

obró muchas é inmensas maravillas.<sup>4</sup>  
En domingo, también en cuerpo y alma,  
resucitó el Señor de entre los muertos.<sup>5</sup>

En domingo la Iglesia, nuestra madre,  
recibió la merced tan soberana  
del Espíritu Santo, y su venida  
sobre aquel apostólico colegio.<sup>6</sup>

La gloriosa María Magdalena  
en domingo llegó á los pies de Cristo.<sup>7</sup>

Y en domingo también las tres Marías  
ungüentos preciosísimos compraron  
y fueron al sepulcro á ungrir á Cristo,  
al cual hallaron ya resucitado.<sup>8</sup>

Según San Marcos dice, Evangelista.  
San Agustín, doctor de nuestra Iglesia,  
nació en domingo; y en efecto, España  
se perdió en el espacio de ocho meses,  
y en ochocientos años que pasaron

no se recuperó; al fin, en domingo,  
afirman muchos que volvió á ganarse.

En domingo también, siete de Octubre,  
el señor don Juan de Austria (que Dios haya)  
la batalla naval ganó en Lepanto.

Los que en domingo nacen, según cuento  
astronómico, suelen ser hermosos,  
virtuosos, altivos y seguros.

En domingo cayó en primero día  
del año que llamamos Todos Santos,  
huelgan los oficiales los domingos,  
los domingos se visten las fregonas,  
júntanse los domingos las vecinas,  
los domingos se alegran las comadres,  
paséanse en domingo los maridos  
y juegan al rentoy los caldereros.

Nosotros deseamos los domingos  
porque en domingo viene mucha gente,  
y siempre las comedias en domingo  
representamos todos con más gusto,  
porque en domingo hay siempre más dineros.

Los galanes desean los domingos  
para ver á sus damas en la iglesia,  
ó sin el almohadilla á la ventana.

Todos los más estados deste mundo,  
así plebeyos como principales,  
desean el domingo; hasta los niños,  
para no ir á la escuela, dicen todos:

«Señora madre, ¿cuándo es el domingo?»  
Y en efecto, en domingo hay tantas cosas,  
que fuera proceder en infinito  
tratar de engrandecellas ni alaballas.

Sólo suplicaré, pues hoy domingo  
es día de contento y alabanza,  
de holgura, regocijo y alegría,  
que no tengan silencio, que murmuren,  
que den voces, que rían, que se huelguen,  
que Dios les deje ver tantos domingos  
que de aqueste en cien años nos veamos  
vejezuelos, caducos y sin bríos,  
corrernos los muchachos por las calles  
con martingalas justas un domingo  
sin colmillos, sin dientes ni sin muelas,  
lentos de sarampión y de viruelas.

<sup>1</sup> Math., cap. XXI.

<sup>2</sup> Marc., cap. XVI.

<sup>3</sup> Actuum., cap. II.

<sup>4</sup> Lucæ., cap. XVII.

<sup>5</sup> Marc., cap. XVI.

<sup>1</sup> Gén., cap. II.

<sup>2</sup> Luc., cap. II.

<sup>3</sup> Joan., cap. VI.



## XXIX.—En alabanza del Martes.

Desde las más altas cumbres  
que el mar del Poniente besa,  
cuya inmensa excelsitud  
compite con las estrellas,  
salí á llorar mis desdichas  
y á contemplar las ajenas  
un martes por la mañana;  
verdad es que martes era.  
Y al cabo de más de una hora  
que en una prolija arenga  
entretuve el pensamiento,  
volví á un lado á ver la tierra.  
Y como me vi tan alto,  
parece que la cabeza  
se me iba desvaneciendo  
de imaginaciones necias.  
Iba engendrando locuras,  
como me vi en tanta alteza,  
y por no desvanecerme  
con altivez y soberbia,  
bajéme muy poco á poco,  
y cuando me vi en la arena  
paréme á considerar  
una locura harto buena.  
(Plugiera al cielo que todos  
la contemplaran y vieran  
con ojos de la razón  
y no sin los ojos della.)  
Que es la grande presunción  
y la vana gloria necia  
la soberbia y vanidad  
que á tantos hombres nos ciega.  
Estuve considerando  
las desventajas que cercan  
á un altivo corazón  
que da á sus locuras rienda.  
Viniéronme á la memoria  
mil historias verdaderas,  
mil ejemplos de filósofos  
y de sabios mil sentencias.  
Que cerca desto han escrito,  
y aunque importunas os sean,  
las diré, porque son dignas  
de que se digan y aprendan.  
Y porque mi intento ha sido  
que so color de quimeras  
y de burlas fabulosas  
saquemos á luz las veras.  
Digo, pues, que Domiciano,  
tan soberbísimo era,  
que en sus pregones mandaba  
que desta suerte dijeran:  
Domiciano, nuestro Dios  
y nuestro príncipe, ordena  
que aquesto y esto se haga,  
y al fin toda aquesta alteza  
vino á parar en que al cabo  
su mujer misma aconseja  
que á puñaladas le maten  
porque su altivez fenezca.  
Perdió el rey Jeroboán,  
por su idolatría soberbia,

doce reinos que su padre  
le dió en posesión y herencia.  
El rey Demetrio también  
(según Plutarco nos cuenta)  
fué tan soberbio, que él mismo  
mandaba en todas sus tierras  
le adorasen como á Dios  
y por tal le obedecieran,  
y para aquesta ambición  
en que, como vivió, muera.  
Fué tan estimado Aman  
del rey Asuero, que intenta  
que como á señor le sirvan  
y como á rey obedezcan.  
Y viendo que Mardoqueo  
no le hace reverencia  
y él solo no le obedece,  
á la horca le condena.  
Y su soberbia intención  
pára en que el señor ordena  
que, donde pensó ahorcalle,  
allí Aman ahorcado muera.  
No contento Faraón  
con las mercedes inmensas  
de habelle Dios castigado  
con las diez plagas sus tierras,  
y perdonallo después  
todas sus culpas y ofensas,  
al israelítico pueblo  
tanto persigue y aqueja,  
que quiere Dios que los mares,  
que caminos antes eran,  
para los tristes hebreos,  
por su maldita soberbia,  
viene á ordenar que sepulcros  
y abismos profundos sean  
para él y sus egipcios  
adonde todos perezcan.  
Estando Pompeyo en Asia  
le avisan que Julio César  
le viene á dar la batalla  
con mucha gente de guerra.  
Y el gran Pompeyo, furioso,  
herido de pena inmensa,  
amenazando los cielos  
responde desta manera:  
«El gran Pompeyo no teme  
de un hombre sólo la fuerza,  
ni teme á los mismos dioses,  
porque es tanta su potencia  
para este atrevido loco,  
que haré que la tierra mesma  
se levante contra él  
y contra sus gentes fieras.»  
Y pára al fin su arrogancia,  
y su altivez y soberbia,  
en que pierda la batalla  
y que su fama se pierda,  
todas sus gentes las vidas,  
todos sus hijos la hacienda,  
la libertad pierda Roma  
y Pompeyo la cabeza.  
¡Oh soberbia endemoniada!  
¡Oh presunción altanera!  
¡Cuántos de tus altas cumbres  
vemos hoy que se despeñan!  
¡Oh profundo mar, oh abismo,

adonde tantos se anegan,  
con mil propósitos santos  
y mil intenciones buenas!  
Si acaso los animales,  
si por dicha los planetas,  
pudieran aprovecharse  
como nosotros, de lenguas,  
sin duda que nos quitaran  
la vanagloria y soberbia  
que en mil corazones necios  
por nuestras locuras reina.  
Porque nos podrían decir  
las refulgentes estrellas  
que en el alto firmamento  
se habían criado ellas.  
El claro sol, que en el cielo  
se crió, también dijera,  
y las aves, en el aire,  
decir lo mismo pudieran.  
La salamandra en el fuego  
(que es de lo que se sustenta)  
y los peces en el agua,  
pero el hombre triste en tierra.  
Por muy rico y principal,  
por muy señor que uno sea,  
jamás le preguntaremos:  
¿De qué cielo es, qué planeta?  
¿De qué sol ni de qué luna?  
¿De qué aire, de qué esfera?  
¿De qué mar ni de qué fuego?  
Sino sólo ¿de qué tierra?  
Pues somos de tierra al fin  
y al fin nacimos en ésta,  
y como á natural nuestro  
hemos de volver á ella.  
Grandísima necedad,  
y aun locura no pequeña,  
es la del hombre que quiere  
en un día, por soberbia,  
perder lo que la fortuna  
le dió en cien años de herencia.  
¡Ay, hombre ensoberbecido,  
triste de ti si tropiezas!  
Que cualquiera china basta  
para humillar tu grandeza,  
y para alzarte después  
aún no la humana potencia.  
¿De qué presumes, cuitado?  
¿Qué vanidades te ciegan?  
¿Qué disparates fabricas?  
¿Qué vanaglorias intentas?  
¿No sabes que el rey Saul  
escogido por Dios era,  
y por el gran Samuel,  
ungido con su potencia,  
y siendo rey, como digo,  
de ser labrador se precia,  
y porque lo fué su padre  
de serlo no se desdeña?  
También el rey Agatocles,  
por ser hijo de una ollera,  
mandaba que sus criados  
en su aparador y mesa,  
pusiesen platos de barro  
entre el oro, plata y piedras;  
y preguntado el por qué  
mandaba cosa como ésta,

respondió: «Para acordarme  
quién soy y mis padres eran,  
y por no ensoberbecerme  
viéndome en tanta riqueza.  
Y porque es muy fácil cosa  
que de rey á ollero vuelva,  
que no de ollero á ser rey.»  
Profunda y alta sentencia.  
Siempre los más abatidos,  
los que de humildes se precian,  
los despreciados del mundo,  
los ignorantes sin letras,  
á los que el vulgo no estima  
y los soberbios desdeñan,  
vemos que el Señor ensalza,  
y destos tristes se acuerda.<sup>1</sup>  
Al gran Judas Macabeo,  
que de tres hermanos era  
el menor y el más humilde,  
le encomiendan la defensa  
de los hebreos, y á él solo  
asimismo dan y entregan  
armas contra los asirios,  
suma bondad, gran largueza.<sup>2</sup>  
De los hijos de Abraham  
á Isaac el menor precian<sup>3</sup>  
porque en él sólo se puso  
de Cristo la línea recta.<sup>4</sup>  
José, hijo de Jacob,  
de los doce Tribus, cuentan  
ser el menor en la edad  
y el mayor en la obediencia.<sup>5</sup>  
Y él fué quien halló la gracia  
con su humildad y nobleza,  
entre los reyes egipcios  
y los sueños interpreta.<sup>6</sup>  
También David fué el menor  
de siete hermanos, y ordena  
la divina Majestad<sup>7</sup>  
que siendo pastor de ovejas,  
por la soberbia maldita,  
de Goliat, á ser vengado  
castigo de su locura  
y rey de toda su tierra.<sup>8</sup>  
Como de aquestos he dicho,  
decir de otros mil pudiera,  
que por humildad subieron  
y cayeron por soberbia.  
Todos los vicios del mundo  
que hoy en los hombres se encierran,  
les hallaremos disculpa,  
pero á éste mala ni buena.  
Puede el jugador decir  
que por pasatiempo juega;  
el que guarda lo que tiene,  
que es hombre que se gobierna.  
El hablador, que es alegre;  
el callado, que se precia  
de ser cuerdo; el bebedor,

1 Psal., cap. CXII.

2 1.º Mach., cap. II.

3 Gén., cap. XXI.

4 Math., cap. I.

5 Gén., cap. XLIX.

6 Gén., cap. XLII.

7 I. Regum., cap. XVII.

8 I. Regum., cap. XVII.



que tiene buena cabeza.  
 El gastador, que es magnánimo;  
 y desta misma manera  
 darán su disculpa todos;  
 solamente la soberbia  
 no la tiene, que caer  
 en cualquier vicio es flaqueza;  
 pero aqueste es de locura  
 y al fin redundando en afrenta.  
 Mas poco á poco me salgo  
 de la intención verdadera  
 á que salí, y así callo,  
 porque es razón tratar della.  
 Quédese esto en este punto,  
 que la alabanza me espera  
 de hoy martes, dichoso día,  
 y así su alabanza empieza.  
 En martes, día tercero  
 del mundo y semana, ordena  
 el gran Dios y Señor Nuestro  
 que apareciese la tierra,  
 á la cual, con su poder  
 y soberana clemencia,  
 la mandó que produjese  
 árboles, plantas y hierbas,  
 y diese fruto y semillas,  
 según la naturaleza,  
 que de su divina mano  
 todas juntas recibieran.  
 Martes, año del Señor  
 de quinientos y noventa,  
 reinando el gran Recaredo,  
 fué aquesta la vez primera  
 que se comenzó en España,  
 por gracia de Dios inmensa,  
 á predicar y creer  
 su ley divina y perfecta.  
 También es claro y notorio  
 que los hombres que en las guerras  
 han valido por sus armas  
 y han hecho algunas proezas,  
 les decimos que son Martes,  
 porque Marte, es cosa cierta,  
 fué el primer maestro que hubo  
 deste arte, según cuenta  
 Diodoro Sículo; en martes  
 fueron las primeras tierras  
 y las primeras provincias  
 que se ganaron por guerra.  
 Y aquestas ganó el rey Nino,  
 que de los asirios era;  
 y esto, según Fabio Pictor  
 y Trogo Pompeyo cuentan,  
 y San Agustín también,  
 con estos mismos conuerdan,  
 libro cuarto, intitulado  
 «Ciudad de Dios.» Martes era  
 el día que halló un judío  
 cavando junto á una peña  
 dentro de Toledo, un libro  
 el cual de dos mundos cuenta.  
 Desde Adán al Antecristo,  
 y en otro, decían sus letras  
 que Cristo, hijo de Dios,  
 nacería de doncella.  
 Y en parto y fuera de parto  
 quedaría siempre entera,

y el otro que moriría  
 por la salud universa  
 de todo el linaje humano  
 suma bondad, gran clemencia.  
 Martes, á diez de Septiembre  
 de mil quinientos cuarenta  
 y nueve, la villa de África  
 quedó rendida y sujeta  
 por los fuertes españoles  
 y su gran valor y fuerzas.  
 En el año de seiscientos  
 y veintiseis,<sup>1</sup> en las Huelgas,  
 que es en la ciudad de Burgos,  
 en martes, que día era  
 del apóstol Santiago,  
 se coronaron en ellas  
 el rey don Juan el primero,  
 que ya con los santos reina,  
 con doña Leonor, su esposa,  
 dignos de memoria eterna;  
 con otras cosas que callo  
 por no enfadaros con ellas.  
 Todos los que en martes nacen  
 se inclinan á cosas buenas;  
 los unos á religión  
 y los otros á la guerra.  
 Y así me sucedió á mí,  
 que en martes dejé mi tierra  
 por mi gusto, y ser soldado  
 porque sin él no lo hiciera.  
 Martes asenté mi plaza  
 de soldado en Castilleja,  
 y en martes también salí  
 á alojar con la bandera;  
 martes me embarqué en Sanlúcar  
 en una urca pequeña,  
 de edad de catorce años,  
 lleno de una gloria inmensa.  
 En martes me sobrevino,  
 llegando á vista de tierra,  
 no muy lejos del Ferrol,  
 una furiosa tormenta;  
 martes nos echó á la mar  
 más de cuatrocientas leguas,  
 engolfados y perdidos  
 sin árbol mayor ni antenas.  
 Martes, al fin, tomé puerto  
 en Bretaña, y en la fuerza  
 que tuvo nombre del Águila,  
 en martes empecé en ella  
 á echar tierra, á echar fajina,  
 cargado con parihuelas.  
 En martes me embarqué en Nantes,  
 por mi ventura, en galera.  
 En martes se levantó,  
 martes llegó á la Rochela,  
 en martes quedé cautivo,  
 martes salí de cadena,  
 martes tuve libertad,  
 martes alcancé licencia  
 para que viniese á España  
 á hacer ciertas diligencias.  
 Martes fué el primero día  
 que vi en Sevilla comedias,

<sup>1</sup> No sabemos cómo explicar este error. Don Juan I empezó á reinar en 1379.

martes fui representante  
 y en martes puse una tienda.  
 Todo aquesto ha sido en martes,  
 y aunque es verdad que lo era,  
 y muchas dellas desgracias  
 por alabanzas se cuentan.  
 Que yo por tales las tengo,  
 pues es cierto que por ellas  
 dejé el mal, conocí el bien,  
 tengo vida y tengo hacienda.  
 En martes me enamoré  
 de una mujer muy discreta;  
 yo la digo que es hermosa  
 y ella dice que es Lucrecia.  
 En martes la vi y la amé,  
 en martes me quiso ella,  
 y en martes empezó á ser  
 casta, devota y honesta.  
 En martes salgo á serviros  
 y en martes mi autor os ruega  
 que, por ser martes, le honréis  
 hoy martes en su comedia.

## 114

## XXX.—En alabanza del Jueves.

Cansado estoy de oír á mis oídos  
 á algunos habladores ignorantes,  
 que entre murmuración y barbarismo,  
 allá en sus buenos juicios han pensado  
 que, como dicen muchos por su gusto,  
 que vivo de milagro, también puedo  
 presentarme por gracia de algún santo,  
 y vivir sin comer, y dicen muchos:  
 ¡Cuerpo de tal, señor! ¡No ha de estar rico  
 ese Rojas que llaman del milagro,  
 ni come, ni riñe, ni putea,  
 ni bebe vino, presta, ni convida,  
 ni jamás á mujer le dió una blanca,  
 ni en su vida ha jugado un real siquiera?  
 A fe que si él gastara como gasto,  
 que no tuviera tanto como tiene;  
 pese á tal, qué queréis, pone un puchero,  
 con un poco de carne y zarandajas,  
 y á la noche un pastel ó un guisadillo,  
 un bizcocho, unos huevos, un hormigo,  
 y tras todo se arroja un jarro de agua;  
 ni él merienda, ni almuerza, ni se mete  
 en más que su ordinario, lindo cuento;  
 pese á quien me parió, si ahorra tanto,  
 no ha de tener vestidos y dineros.  
 Si él se comiera, como yo me como,  
 mi perdiz á almorzar ó mi conejo,  
 la olla reverenda al medio día  
 con su pedazo de jamón asado  
 y media azumbre de lo de á seis reales,  
 y á merendar un pastelito hechizo  
 ó la gallina bien salpimentada  
 que me guarda mi amigo el del bodega,  
 y á la noche su cuarto de cabrito  
 ó las albondiguillas y el solomo,  
 y tras esto la media que no falta,  
 que la puede beber el Santo Padre,  
 y el ordinario á doña Fasulina,

y para el faldellín de cuando en cuando,  
 por vida de la tierra, que él se hallara  
 con más salud y menos pedorreras.  
 ¡Válgate Dios, salvaje, en qué imaginas!  
 Ven acá, simple, gastador magnánimo,  
 sin cuello ni camisa, siempre roto,  
 y el ingenio tan bronco como el traje:  
 ¿No ves que yo no como por mi gusto,  
 sí por necesidad, y tú, al contrario,  
 porque el censo que echó naturaleza  
 sobre sí misma, fué que no pudiesen  
 vivir los hombres sin comer, de suerte  
 que podremos decir que yo no como  
 más de para vivir y sustentarme,  
 y tú por ser glotón y porque digan  
 que no tienes un cuarto que sea tuyo?  
 El supérfluo comer no sólo es malo  
 para pasar la miserable vida,  
 mas también es enfermo para el cuerpo,  
 porque ya sabes (aunque sabes poco)  
 que hemos visto morir á hombres muy ricos  
 más por lo que le sobra en sus depensas  
 que no por lo que á pobres tristes falta.  
 El filósofo Sócrates decía  
 á los de su academia estas razones:  
 «Hágoos saber, carísimos discípulos,  
 que en los reinos que están bien gobernados,  
 repúblicas y cortes bien regidas,  
 jamás para comer viven los hombres  
 sino para hablar, y es cosa justa.»  
 Cuando desde Sicilia volvió á Grecia  
 el divino Platón, en su academia  
 dijo cómo venía asombradísimo  
 de un monstruo que había visto allá en Sicilia.  
 Y preguntado quién era aquel monstruo,  
 respondió que el tirano de Dionisio;  
 pues no se contentaba aquel injusto  
 de comer una vez á medio día,  
 sino cenar también otra á la noche.  
 ¡Oh sabio insigne, oh tiempo milagroso,  
 ejemplo es éste digno de memoria,  
 porque el mucho comer desordenado  
 otra cosa no es sino una campana  
 que los descos torpes nos despierta  
 á mil libidinosos pensamientos!  
 Del glorioso Jerónimo he leído  
 que estaba en el desierto con un saco,  
 muy quemado del sol manos y cara,  
 los pies descalzos, azotado el cuerpo,  
 ayunando los días y las noches;  
 y confiesa de sí el bendito santo  
 que, con hacer tan grande penitencia,  
 soñaba estar en Roma el gran Jerónimo  
 con las romanas viles de aquel tiempo.  
 El divino Agustín también confiesa,  
 en aquel libro de sus confesiones,  
 que al destierro se fué, que comía poco,  
 que grandísimamente castigaba  
 su cuerpo con ayunos, disciplinas,  
 continuo contemplando y escribiendo,  
 y viendo que sus torpes pensamientos  
 á fondo echaban sus deseos santos,  
 por aquellas montañas decía á voces:  
 «Mándasme tú, Señor, que yo sea casto,  
 y no lo puedo yo acabar conmigo,  
 ni con este maldito de mi cuerpo;  
 da, pues, Señor inmenso lo que mandas



y mándame después lo que quisieres.»  
 El apóstol San Pablo, varón justo,<sup>1</sup>  
 pues que vió los secretos nunca vistos,  
 trabajó más que todos los apóstoles;<sup>2</sup>  
 la comida ganaba con sus manos,<sup>3</sup>  
 andaba á pie y descalzo por los reinos,<sup>4</sup>  
 predicó y convirtió infinitos bárbaros,  
 y porque era cristiano le azotaban  
 los enemigos de la ley divina,  
 y él, por gran pecador, hacía lo mesmo.  
 Dice que con pasar tantos trabajos  
 no se podía valer, ni era posible,  
 de los torpes y feos pensamientos  
 de la concupiscencia y de sus llamas.<sup>5</sup>  
 Pues cuando aquestos santos gloriosísimos  
 haciendo tan crecidas penitencias  
 no se podían librar con sus ayunos  
 de la humana mala flaqueza de la carne,  
 ¿qué haremos los glotonos miserables  
 comiendo mil manjares diferentes?  
 Leí los días pasados en un libro  
 que en un mesón que estaba allá en Italia,  
 había escrito encima de la puerta  
 ciertas palabras, las cuales, quien entraba,  
 tenía de decir, y eran aquestas:  
 cuando quisiese entrar, *Salve, regina;*  
 mientras comía allí, *Vita dulcedo;*  
 y al tiempo que llamasen á la cuenta,  
 dijese de por sí, *Ad te suspiramus;*  
 y al punto de pagar, que es el mal punto,  
 que *gementes et flentes* digan todos.  
 En otro libro que anda traducido  
 intitulado de los doce Césares,  
 leí de un famosísimo convite  
 que aquel emperador Vitelio hizo,  
 en el cual no había más de una cazuela  
 que el broquel de Minerva se llamaba,  
 y allí mandó que echasen mil aves,  
 dos mil peces, cien vacas, cien terneros,  
 mil barbos enlardados con tocino,  
 cien lechones rellenos de lampreas,  
 de culebras, de ranas, de tortugas,  
 asaduras de mulas y caballos,  
 gato montés, cabezas de elefantes,  
 hígados de leones y camellos,  
 corazones de scauros y cerebros  
 de faisanes y colas de ballenas,  
 lenguas traídas desde el mar Caspacio  
 para aquesto, de diez fenicopteros;  
 y lenguas de murenas que trajeron  
 de las columnas de Hércules, y todo  
 mandó que se guisase en la campaña  
 en horno de trescientos pies de largo.  
 Y acabado el convite y borrachera,  
 Roma se levantó contra Vitelio  
 y dieron el imperio á Vespasiano,  
 el cual entró triunfando, y este día,  
 los soldados de aqueste, á puntillazos  
 al tirano Vitelio le llevaron  
 en medio de la plaza en una horca,  
 donde acabó su miserable vida.

1 2.ª Cor., cap. XII.  
 2 2.ª Cor., cap. XV.  
 3 3.ª Actos, cap. XX.  
 4 2.ª Cor., cap. XI.  
 5 2.ª Cor., cap. XII.

Como deste banquete sólo he dicho,  
 os pudiera decir de otros sin número,  
 de que tenemos llenas las historias,  
 así en letras divinas como humanas,  
 de mil muertes, sucesos desgraciados  
 que del mucho comer han procedido;  
 y porque no parezca esto donaire,  
 diré de algunos si me estáis atentos,  
 do probaré ser malos los convites  
 y el comer demasiado dañósimo.  
 El primero que se hizo en todo el mundo<sup>1</sup>  
 fué uno, que Adán y Eva hicieron  
 con el demonio, y al fin de este convite,  
 redundó á Dios alzalle la obediencia,  
 ser nuestra madre Eva allí engañada,  
 el perder la inocencia Adán resulta,  
 y suceder naturaleza humana  
 por nuestra gran miseria en la malicia.  
 El rey Asuero hizo otro banquete,<sup>2</sup>  
 y tan costoso que duró su gasto  
 ciento y ochenta días, y al fin, para  
 que la reina Vasti, que sin reino,  
 la noble Esther en su lugar suceda,<sup>3</sup>  
 el privado del rey Amán muriese,<sup>4</sup>  
 y á Mardoqueo en honra levantasen.<sup>5</sup>  
 Hizo también Rebeca otro convite<sup>6</sup>  
 á su marido Isaac, y dél resulta  
 que perdiese Esaú su mayorazgo  
 y Jacob sucediese en esta casa,  
 que diese Isaac la bendición al uno  
 pensando darla al otro, y que Rebeca  
 saliese al fin con su intención en todo.  
 También Absalón hizo á sus hermanos  
 otro banquete, y lo que del procede  
 es quedar muerto allí Amón su hermano.  
 Tamar, su noble hermana, disfamada,  
 su padre el rey David, desesperado,  
 y del caso asombrado todo el reino.<sup>7</sup>  
 También el santo Job tenía diez hijos,  
 los siete hombres y las tres mujeres,  
 ordenaron de hacer otro banquete,  
 y vinieron á ser tan infelices  
 que perdieron la vida todos juntos.<sup>8</sup>  
 Aquel gran Baltasar también hizo otro  
 á todas sus mujeres concubinas,  
 y toda la vajilla en que comieron,  
 Nabucodonosor, su padre deste,  
 había robado del sagrado templo  
 de Jerusalén, y al fin resulta  
 que el rey en el banquete fuese muerto  
 y el reino á sus contrarios entregado.<sup>9</sup>  
 Y aquellas dos ciudades generosas  
 de Sodoma y Gomorra, perecieron  
 y vinieron á ser todas hundidas,<sup>10</sup>  
 no por otra ocasión, sí por el vicio  
 del comer demasiado, según dice  
 el profeta Ezequías, como es llano.<sup>11</sup>

1 Gén., cap. III.  
 2 Esther, cap. I.  
 3 Esther, cap. I.  
 4 Esther, cap. II.  
 5 Esther, cap. V.  
 6 Gén., cap. XXV.  
 7 2.ª Reg., cap. XIII.  
 8 Job, cap. I.  
 9 Dan., cap. V.  
 10 Gén., cap. XIX.  
 11 Eze., cap. XVI.

Entre los scitas hubo una costumbre  
 bien digna de notar en nuestros tiempos;  
 y aquesta fué que, si escupía alguno,  
 todos lo reprendían por mal hecho;  
 pero si acaso regoldaba otro  
 le castigaban, porque aquél decían  
 que de mucho comer estaba ahito.  
 También dice Platón que en las ciudades  
 adonde muchos médicos residen,  
 es argumento cierto que hay en ellas  
 muchos glotonos y hombres muy viciosos,  
 porque el mucho comer, sin duda alguna,  
 hace torpes los hombres y pesados.  
 El comer demasiado engendra sueño  
 y aun el mucho beber embota el juicio;  
 quien come mucho, siempre está sujeto  
 á infinitos peligros y desgracias,  
 como tengo probado antes de ahora;  
 y fuera desto á mil enfermedades  
 y á ponerse en las manos de algún médico  
 que le quite la hacienda y aun la vida;  
 y pardiéz que no es sueño lo que digo,  
 porque ¡ay del hombre triste que se cura  
 con médico que es necio y porfiado,  
 que no mataron tanto sus abuelos  
 peleando en la guerra con sus lanzas  
 como éste recetando en las boticas!  
 Y que esto sea verdad quiero proballo  
 con todos los que hubo en otros tiempos  
 desde el primero que halló este arte,  
 que fué Apolo, y tras aqueste vino  
 Esculapio, su hijo, y después dellos  
 perdida estuvo nuestra medicina  
 más de quinientos años, hasta tanto  
 que Artajerjes nació, y en este tiempo  
 nació también Hipocras y Diodaro,  
 Estrabón, Plinio, y junto con aquestos  
 una mujer greciana también hubo  
 muy grandísima médica y astrólogo;  
 y otra también en la provincia Acaya,  
 que aquesta fué la que curó primero  
 con ensalmo en el mundo; hubo Hipocras,  
 Crisipo y Aristrato y Herosilo,  
 y Asclépidés también, el cual tomaba  
 el pulso en las narices y en las sienas.  
 Y Roma, al fin, después de todos éstos,  
 sin médicos ningunos, y vivían  
 los hombres sanos y por largos tiempos.  
 Y el primero que entró después en ella  
 fué un Antonio Musa, y era griego,  
 y aqueste curó á Augusto una sciática  
 en un muslo, al cual, por esta causa,  
 mandó el emperador le levantasen  
 á nuestro honrado médico una estatua;  
 el cual, dando en usar la cirugía  
 y viendo que cortaba piernas, brazos,  
 vino á morir el mísero á pedradas,  
 arrastrado por Roma, y desde entonces  
 médicos, abogados, cirujanos  
 de allí los desterraron, y aun del mundo.  
 Cuando los griegos no podían con armas  
 matar sus enemigos, enviaban  
 á matallos con médicos. Los godos  
 jamás pagaron á doctores necios,  
 y otros mil, que en el mundo no han querido  
 que haya en su reino médicos ni astrólogos.  
 Todo esto he dicho cerca del propósito

que tratamos atrás del comer mucho;  
 y pues tengo probado con ejemplos,  
 con historias humanas y divinas,  
 ser infierno abreviado para el alma  
 y muerte conocida para el cuerpo,  
 quiero decir ahora á lo que salgo,  
 probando ser el jueves mejor día  
 que cuantos hasta aquí me habéis oído,  
 y así empiezo diciendo en alabanza:  
 Jueves crió la Majestad del cielo  
 nuestro Señor, los peces de las aguas,  
 y produjo las aves de los vientos,<sup>1</sup>  
 á las cuales les dió virtud inmensa  
 para que se ampliasen y creciesen,  
 con su bendición santa y mandamiento.  
 En jueves, Cristo, redentor del mundo,<sup>2</sup>  
 cenó el pascual cordero aqueste día<sup>3</sup>  
 con sus santos discípulos amados.<sup>4</sup>  
 En jueves también hizo Dios al hombre,<sup>5</sup>  
 instituyendo para el hombre en jueves<sup>6</sup>  
 de la Eucaristía al Santo Sacramento.  
 En jueves fué el Señor del cielo preso.  
 Jueves, por su virtud, subió á los cielos.  
 Los que nacen en jueves son modestos,  
 sosegados, pacíficos y humildes;  
 en jueves también, que fué año santo,  
 que de mil y quinientos se contaba,  
 nació el emperador don Carlos quinto,  
 señor nuestro, que Dios tenga en su gloria.  
 Jueves fué electo, día del bendito  
 San Ildelfonso, y este mesmo día  
 á reinar empezó, también en jueves,  
 según Justino, Abidis, rey de España;  
 fué el primer hombre que enseñó á los hombres  
 á uncir los bueyes para arar la tierra.  
 En jueves empezó la Orden sagrada  
 de nuestros Carmelitas, por Alberto,  
 de aquella gran Jerusalén patriarca.  
 También en jueves fué fundada la Orden  
 que es de la Trinidad, por Juan Matense  
 y otro que llaman Félix, á los cuales  
 por mandado de un ángel les fué dicho  
 se llamasen así, y del pontífice  
 Inocencio tercero, y este ángel  
 traía dos cautivos en las manos  
 para señal de que sería esta Orden  
 la que les redimiese, como es cierto.  
 El jueves fué la Orden instaurada  
 del bendito y glorioso San Jerónimo,  
 por el padre fray Lope de Sevilla,  
 y floreció en su vida y en su hábito  
 del padre fray Hernando Talavera,  
 arzobispo primero de Granada.  
 Aquel rey don Alonso, que fué el sexto,  
 que á Toledo ganó, después de muerto  
 ocho días no más, manaron agua  
 las piedras del altar mayor é iglesia  
 por lo macizo dellas, y fué en jueves  
 el día que empezó aqueste milagro;  
 duró tres días: jueves, viernes, sábado,  
 y esta agua se guardó por gran reliquia.

1 Gén., cap. I.  
 2 Joannis, cap. XIII.  
 3 Matth., cap. XXVI.  
 4 Marc., cap. XIV.  
 5 Luc., cap. XXIII.  
 6 I. cor., cap. XI.



En jueves se casó el rey don Felipe,<sup>1</sup> que yace con los santos en el cielo, en la insigne ciudad de Salamanca, con la señora infanta, que Dios haya, doña María; también nació en jueves el infante don Carlos, en la villa que el rey hizo ciudad y ahora es corte. También en jueves y en Guadalajara celebraron las bodas de Felipe é Isabel de la Paz, reyes católicos. Hanse ganado en jueves mil victorias, hanse dado coronas y laureles, ha habido en jueves muchos regocijos de justas, de sortija, de torneos. Estrenamos hoy jueves, finalmente, una comedia mía, ruego al cielo que Dios la saque al puerto con bonanza del alterado mar de vuestros gustos, para que puesta en tierra en salvamento, á serviros me anime con la vida, que á vuestra voluntad está ofrecida; y yo pueda decir á cuantos veo que igualaron las obras al deseo.

## 115

## XXXI.—En alabanza del Viernes.

*Antequam incipias caveto.*

Antes que te cases, mira lo que haces; digo que si son muchos los casados, los más, sin duda, están arrepentidos, pues no hay hombre casado en esta vida que viva sin trabajo, aunque le sobre el descanso, la hacienda y la ventura, que mala se la mando al que por suerte cupiere en casamiento mujer necia, que más á aqueste triste le valiera ser de un hombre de bien humilde esclavo que de una mujer necia ser marido; y aunque esto no lo supe de casado, ni por revelación como profeta, tampoco en cerco como nigromante, ni lo hallé en Tolomeo como astrólogo, ni conocí en el pulso como médico, ni lo supe por ciencia cual filósofo, de experiencia lo sé por lo que he visto; pluguiera á Dios no hubiera visto tanto.

*Quoniam melius est mulierem sepelire quam ducere in uxorem.*

Más vale sepultarse que casarse; y es cierto, pues no tengo por tan grave meterse un hombre honrado en noviciado como casarse mal ó sin prudencia, porque el uno saldrá cuando quiera y el otro no podrá hasta que muera; y si casa temprano y sin cordura, temprano llorará su desventura. Taurino el orador, dice y afirma que son los casamientos á disgusto como al que tiran un terrón de tierra, que al que con él aciertan, le lastiman; y los que están más cerca deste, ciegan; y en efecto, el terrón se desmorona.

<sup>1</sup> Alude á Felipe II, fallecido en 1598.

Pobre de ti, insensato, en que imaginas que aún no tienes veinte años y te casas, pues ni sabes la carga que te tomas ni aun conoces la libertad que pierdes. Pues hágote saber, pobre ignorante, que no hay mayor desdicha en este mundo que ser un hombre enamorado, necio, pues todos los oficios y las ciencias de aquesta vida pueden aprenderse; pero el saber amar es imposible, porque ni Cicerón supo escribirlo, pintar Timantes, enseñarlo Sócrates, cantar Elena ni aprender Cleopatra, sino que ha de salir aquesta ciencia de nuestro corazón y de su escuela ó de la pura discreción del alma. Dime, bárbaro, simple, desdichado, que porque tienes cuatro mil de renta te casas por poder con una dama que te dijeron que era muy discreta, muy noble, bien nacida y muy honrada, y muy hermosa, según necedad tuya, folio cuarenta y cinco en un retrato, *atatis sua* veinte y cuatro, *etcétera*.

¿Es posible, di, hombre, que te cases por un retrato? Estás aborrecido. ¿No ves que puede esta mujer ser necia, no tener dientes; si los tiene, malos; el olor de la boca ser pestífero y ser su condición endemoniada, y aquesto no se pinta en un retrato ni menos se publica por escrito? El verdadero casamiento, hermano, ha de ser sobre amor y no intereses, ha de haber igualdad en las personas, hanse de haber tratado ó conocido, y aqueste trato puede, sin ser mácula, visitándose dos de cuando en cuando, reír, jugar, hablar, entretenerse, todo con honra, y junto con la honra haber entrellos un amor sencillo, que aqueste viene á ser el verdadero. Con los ojos, que son lenguas del alma, se suelen penetrar los pensamientos, hoy de la discreción minando el muro, asaltando mañana el buen intento; luego la condición, luego el buen trato, y poco á poco ir descubriendo tierra, y lo postrero que ha de ser de todo será la hacienda y luego la hermosura, porque donde hay amor, todo es hermoso, y donde no hay amor, todo es infierno. Mira que es la mujer cual bestia mala que, cuando la cargamos, se está queda y siempre al descargalla tira coces. Si procuras, señor, ser bien casado, procura una mujer que sea discreta; digo discreta en gobernar su casa, honesta y grave para salir fuera, que tenga amor para criar los hijos y paciencia en sufrir á su marido; tenga amabilidad con los vecinos para guardar la hacienda, diligencia en las cosas de honor, generosísima, muy amiga de buenas compañías, pero de liviandades enemiga, y todo esto tendrá siendo discreta.

Mira que tiene el bien casado cielo; pero el que no, infierno y desventura, y que los casamientos, al principio, suelen ser blandos, suelen ser gustosos; pero acabado el gusto ó el dinero, tocan luego á la puerta los enojos y aun dar que murmurar á los vecinos. Que pudiera avisarte cerca desto; mas tengo que decir en la alabanza de aqueste día viernes, y así callo por tratar lo que importa á mi propósito. En este venturoso y santo día, que es el sexto del mundo y la semana, crió Nuestro Señor los animales<sup>1</sup> distintos en especie, y todos juntos sólo para servicio de los hombres. Viernes crió la Majestad del cielo<sup>2</sup> nuestros primeros padres, y criólos á imagen suya y propia semejanza, haciéndoles capaces de su gloria y absolutos señores de la tierra. Aun que ellos por su culpa después desto su santa gloria con pecar perdieron.<sup>3</sup> También á veinte y cinco días de Marzo del año de tres mil y novecientos, y cincuenta y nueve años, que fué viernes después de la creación de aqueste mundo, el verdadero Dios y Señor Nuestro encarnó en las entrañas virginales de la humilde y purísima María.<sup>4</sup> Viernes, á veinte y cuatro días de Junio, nació el divino profesor Bautista.<sup>5</sup> Viernes fué visitado y adorado Nuestro Niño Jesús en un pesebre de los tres Reyes Magos dichosísimos, ofreciéndole oro, incienso y mirra.<sup>6</sup> Viernes también, á seis del mes de Enero, siendo el Señor de veinte y nueve años y trece días de edad, fué bautizado por nuestro gloriosísimo Bautista.<sup>7</sup> Viernes también, á veinte días de Marzo, resucitó el verdadero Cristo á Lázaro, de cuatro días muerto.<sup>8</sup> Viernes, á tres de Abril, murió, viviendo, el Redentor del mundo y Señor nuestro. San Francisco de Paula nació en viernes, y viernes, á la misma hora que Cristo, murió también este glorioso santo. Los que nacen en viernes son dichosos, nobles de condición, ingeniosísimos, son callados y viven largo tiempo. Ganó en viernes á Orán, á seis de Mayo, fray Francisco Jiménez, que Dios haya. Los Católicos Reyes, cristianísimos, ganaron á Granada también viernes. Viernes se convirtieron en Toledo noventa mil judíos, y uno entre ellos, y aqueste fué San Julián Pomerio. En viernes, el noveno rey Alfonso, venció también las Navas de Tolosa.

<sup>1</sup> Gén., cap. I.  
<sup>2</sup> Gén., cap. II.  
<sup>3</sup> Gén., cap. III.  
<sup>4</sup> Luc., cap. I.  
<sup>5</sup> Luc., cap. I.  
<sup>6</sup> Mat., cap. II.  
<sup>7</sup> Mat., cap. III.  
<sup>8</sup> Joan., cap. II.

Viernes encorozaron en Granada diez ó doce famosas hechiceras, y entre ellas una vieja de noventa, que lo menos que hacía esta señora era juntar un escuadrón de diablos y arar, sembrar, nacer y coger trigo dentro de un cuarto de hora en una artesa. En Sevilla los viernes de Cuaresma van á la Cruz las damas y galanes; todos los pasteleros huelgan viernes. Viernes se enamoró de mí una vieja de más de sesenta años, y á tres días dijo estaba preñada, y que la diese cien reales para hacelle camisitas, pañales y mantillas al infante; por alcahueta la prendieron viernes, y viernes me sacaron á mi hembra dándola cien azotes por las calles (y á fe que hay más de cuatro que me escuchan), no se alborote el aula, que ya callo. Viernes, al fin, hacemos nuestra farsa, y pues en viernes nos hacéis mercedes de veniros á oír, y deste día hay tantas excelencias, como he dicho, que premian buenos y castigan malos, y son las voluntades suplefaltas de los hombres que tienen pocas fuerzas, las nuestras perdonad, pues cierto creo que no las puede haber en el deseo.

## 116

## XXXII.—En alabanza de los ladrones.

¿Cuánto va, señores míos, que no saben á qué vengo, aunque haya tantos que digan que entienden los pensamientos? Ya van doscientos azotes contra aquel que escucha atento, que no hay nadie que adivine que salgo á pedir silencio. Pero dejemos á un cabo apuestas y pasatiempos; decir quiero á lo que salgo, oigan, que ya va de cuento. Viniendo ayer por la tarde á la comedia un mancebo, de aquestos de mangas anchas, calzón justo y tieso cuello, llegó y me dijo: «Mi rey, señor Rojas, ¿qué hay de nuevo?» Servir á vuestra merced, le respondí, y él, muy tieso, replicó: «No hay tal farsante; oille hablar es contento; ¡qué lengua, qué talle y gracia! Por mi vida que es del cielo.» Y tras esto, poco á poco, se llegó y, dándome un tiento, con dos dedos me sacó de la faltriquera un lienzo. Sentilo y callé, y él dijo: «Crea, Rojas, que deseo



serville en lo que se ofrezca,  
 porque lo merece cierto. »  
 Y con muchas reverencias,  
 mucho sombrero hasta el suelo  
 y francesas cortesías,  
 se fué muy grave y severo.  
 Fuí en casa de una mujer,  
 y, pidiéndome el pañuelo,  
 porque era suyo, la dije  
 la verdad de todo el cuento.  
 Estuvo atenta escuchando,  
 y admirada del suceso,  
 parecióle tan honrado  
 de aqueste ladrón el término,  
 que me mandó que callase,  
 y no sólo mandó aquesto,  
 pero que, si era posible,  
 compusiese algunos versos  
 en alabanza de un hombre,  
 aunque ladrón, tan discreto,  
 tan astuto y cortesano.  
 No pude dejar de hacerlo,  
 que á mí también me obligara  
 su gran cortesía á ello,  
 á no ser mandado suyo,  
 y así su alabanza empiezo:  
 Ladrones, hoy es el día  
 que salís de cautiverio;  
 dadme albricias, brechadores,  
 lagartos y cicateros,  
 que hoy diré en vuestra alabanza  
 cosas que asombren el suelo.  
 Ea, señores ladrones,  
 escuchen y oigan atentos,  
 que no quisiera yo más  
 de las capas y sombreros  
 de los que me están mirando  
 y piensan que no los veo.  
 Va de alabanza, ladrones,  
 y empiezo por el ingenio,  
 sagacidad, sutileza,  
 vigilancia, estilo bueno,  
 ciencia y arte liberal  
 que fué cursada otros tiempos,  
 de los hombres en la tierra,  
 de los dioses en el cielo.  
 Entre los persas usaban  
 que los más ricos del reino  
 desde niños aprendiesen  
 este ejercicio discreto,  
 diciendo que allí se hacían  
 astutos, sabios, secretos,  
 cautelosos, reportados,  
 altivos de pensamientos,  
 ágiles de pies y manos,  
 vivos y agudos de ingenio.  
 A la guerra va el soldado  
 por hurtar, y por aquesto  
 viene á alcanzar mil renombres,  
 coronas, triunfos, trofeos:  
 á desposeer tiranos,  
 á ganar remotos reinos.  
 Y entre amigos y enemigos,  
 de hurtarse los pensamientos,  
 vemos resultar por horas  
 muchos y buenos efectos.  
 Si no, mirad los poetas,

que por puntos hacen esto,  
 hurtándose aquél al otro  
 las sentencias, los conceptos.  
 El atributo mayor  
 y lauro de Ulises griego  
 fué de hurtalle á los troyanos  
 aquella imagen del templo.  
 Si Eneas no hurtara el ramo,  
 jamás bajara al infierno  
 ni estuviera con el alma  
 de su padre Anquises, muerto.  
 Si aquellas manzanas de oro  
 no hurtara Alcides del huerto  
 de Atlante, careciera  
 del triunfo mayor del suelo.  
 De su oficina á los dioses  
 también hurtó Prometeo  
 hasta el fuego celestial  
 (temerario atrevimiento).  
 Mercurio, con la cautela  
 del hurtar, astuto y diestro,  
 engañó á Argos, y cumple  
 de Júpiter el deseo.  
 Por hurtar á las sabinas  
 los romanos, adquirieron  
 generación, potestad,  
 victoria y tan grande imperio.  
 Hurtó á Ipodamia Piritoo,  
 y celebró el casamiento;  
 Paris á Elena, mujer  
 del rey Menelao el griego.  
 Ulises tiene por gloria  
 de que le digan que es deudo  
 de Sísifo, un gran ladrón  
 y respetado en su tiempo.  
 Por los excelentes hurtos  
 que Antenor hizo en sus reinos,  
 alcanzó grandes riquezas,  
 adquiriendo nombre eterno.  
 El rey Gerión hurtó,  
 y Ulises, que del rey Reso  
 también robó los caballos,  
 gloria del greciano suelo.  
 Filoctetes, por ladrón,  
 alcanzó nombre en su tiempo  
 por hurtalle al fuerte Alcides  
 las saetas, hurto inmenso.  
 Ope, mujer de Saturno,  
 por hurtar sus hijos mismos,  
 de la muerte los libró;  
 mirad qué mayor ejemplo.  
 Júpiter, mudado en toro,  
 robó á Europa, y este mismo  
 robó á Io y Alcúmena,  
 resultando un bien eterno  
 deste hurto, pues que dél  
 nació Alcides, y tras esto  
 también hurtó á Ganimedes,  
 que aun los dioses se honran desto.  
 El dios Apolo robó  
 la hija de Macareo.  
 Deyanira, mujer de Hércules,  
 la robó el sátiro Meso.  
 Y aquel rey de Siracusa  
 hurtó un vestido en el templo  
 á Esculapio, dios; que dioses  
 aun no están seguros dellos.

Ni de robar no lo están  
 dioses á dioses, pues vemos  
 que Mercurio robó á Apolo  
 las vacas del rey Admeto;  
 Plutón robó á Proserpina;  
 el dios Marte robó á Venus.  
 Y ¿quién es mayor ladrón,  
 si más ejemplo queremos,  
 que nuestra Naturaleza?  
 La tierra, los elementos,  
 son ladrones famosísimos;  
 ladrón es el mismo cielo,  
 pues hurta las humedades  
 de la tierra con su fuego,  
 y dellas borda sus nubes  
 y forma cometas, truenos.  
 Hasta las mismas estrellas  
 son ladronas; probarélo,  
 pues hurtan la luz al sol,  
 de que ellas carecen, cierto.  
 Y aquel ladrón dichosísimo,  
 aquel Dimas santo y bueno,  
 que fué en hurtar tan famoso,  
 que robó hasta el mismo cielo.  
 Príncipes, reyes, monarcas,  
 altos, bajos, malos, buenos,  
 aves, peces, animales,  
 dioses, elementos, cielo,  
 todos son ladrones y hurtan,  
 con artificios diversos:  
 unos, con redes los ríos  
 y profundo mar soberbio,  
 para despojar y hurtar  
 sus perlas y coral tierno;  
 otros, por sacar los peces  
 de su humido elemento.  
 Las aves no están seguras  
 aun volando por los vientos;  
 los animales tampoco  
 en los montes más excelsos.  
 Después de hurtallos los hombres,  
 también se hurtan ellos mismos;  
 hasta el animal más vil  
 de la tierra es claro ejemplo.  
 Para que seamos ladrones  
 y tan preciosa arte usemos,  
 la ladrona de la hormiga  
 podrá bien decir aquesto.  
 El ejercicio de hurtar  
 es tan honroso y tan bueno,  
 que da brío, calidad,  
 hacienda, gusto, dineros.  
 Nunca el ladrón conoció  
 la necesidad, y creo  
 que jamás la vió la cara.  
 ¡Qué bien tan alto y supremo!  
 Ahora vengamos al caso,  
 que he de probar mejor esto,  
 digan todos la verdad,  
 ya que no á mí, allá en sus pechos.  
 ¿Hay entre todos alguno  
 que no haya hurtado? En efecto,  
 cuando no actualmente,  
 ¿no ha hurtado con el deseo?  
 Por vida de quien soy yo,  
 que todos los que aquí veo  
 han hurtado y son ladrones

con obras ó pensamientos.  
 Hasta los nombres de Hurtados  
 y Ladrones conocemos  
 ser un ilustre linaje  
 en España y otros reinos.  
 Hay algunos ignorantes  
 que me dicen que es muy bueno  
 el oficio de ladrón,  
 pero que se acaba presto.  
 Ven acá, bárbaro; dime:  
 ¿Hay oficio en todo el suelo  
 que dure más que la vida?  
 Pues el ladrón es lo mismo,  
 que dura hasta que le ahorcan;  
 esto es llano y verdadero.  
 ¡Oh oficio, oh ciencia, oh reinado!  
 yo te alabo y reverencio.  
 Ladrones, teneos en mucho,  
 y nosotros vigilemos  
*et semper de manus vestras,*  
 con tantos ojos andemos.  
 Vivid, famosos ladrones,  
 y tú, honrado cicatero,  
 si me escuchas, dame oído,  
 así te libren los cielos  
 á tus espaldas de azotes,  
 tus manos de un fuerte remo,  
 tus orejas del cuchillo  
 y del verdugo tu cuello.  
 Y de azotes y verdugo,  
 cuello, cuchillo y del remo  
*libera nos Domine,*  
 te canten todos los ciegos.  
 Y te depare en tus trances,  
 si acaso fueres corriendo,  
 los alguaciles follones,  
 que corren poco y á trechos.  
 Y te libre de escribanos,  
 de sus plumas y sus pliegos  
 y de testigos de vista  
 y del fallo que condeno.  
*Et rogamus audi nos*  
 te canten y te cantemos,  
 que tus cortesías te lleves  
 y me vuelvas mi pañuelo.  
 Y si no me lo volvieres,  
 á todos los santos ruego  
 que te prenda un alguacil  
 zurdo, cojo, manco y ciego;  
 te den quinientos azotes  
 por hurto que no hayas hecho,  
 al uso de Berbería,  
 en barriga, espalda y pecho,  
 y que acabes perneando,  
 y diciendo Credo, Credo,  
 te quedes bamboleando  
 con tanta lengua y pescuezo.

## 117

## XXXIII.—En alabanza del puerco.

No dice mal el refrán  
 que amor, pasión ó dineros  
 son muy malos de encubrir,  
 y tiene razón, por cierto.



Porque un hombre enamorado,  
aunque sea muy discreto,  
callado, astuto, prudente,  
fiel amante y verdadero,  
es imposible encubrirlo,  
que, como es la cara espejo  
del cuidado, sale al rostro  
el fuego que está en el pecho.  
Y el hombre que sabe más  
quiere con mayor extremo,  
porque tanto cuanto sabe,  
tanto quiere, y aun más que esto.  
Mas si el hombre necio dice  
que adora, que pierde el seso,  
que suspira, rabia y muere,  
éste miente como necio.  
Que no sabe qué es amor,  
y si lo sabe es un sueño,  
que amor de tantos es poco,  
y poco olvídase presto.  
Porque no es ciencia el querer  
que se aprende con el tiempo,  
que la enseñan las escuelas,  
la experiencia ni hombres viejos.  
Que esta ciencia milagrosa  
se aprende de nuestros pechos,  
y de la escuela del alma,  
que es el principal maestro.  
Naturalmente ha de ser  
el querer y el hacer versos,  
que lo demás es locura,  
ó mucha fuerza de ingenio.  
Yendo, pues, á mi propósito,  
aunque del no voy muy lejos,  
digo que se llegó á mí  
ayer tarde un compañero  
muy turbado y melancólico,  
confuso, triste y suspenso,  
y preguntando la causa,  
y de su mal el suceso,  
me respondió: «Señor Rojas,  
vuestra merced es mi remedio,  
es toda mi libertad,  
en sus manos me encomiendo.  
Ha de saber que yo adoro  
á un ángel con grande extremo  
y que no me puede ver:  
mire si es mi mal eterno.  
Y sobre aqueste desdén  
me dijo ayer que era un puerco,  
que la dejase y me fuese.  
¿Posible es que tan grosero  
soy yo, que puerco me llame?  
¿Yo soy puerco?—No por cierto,  
le respondí, ni imagino  
que ella lo diría por eso.  
Que antes me parece á mí  
que todo aqueso desprecio  
fué merced y fué favor,  
y yo por tal le confieso.»  
Pero esto y más que le dije,  
no fué de ningún provecho;  
y ahora, porque conozca  
que puerco no es vituperio,  
sino un animal más noble  
de cuantos sustenta el suelo,  
y el más útil que hay en muchos,

así su alabanza empiezo.  
Digo que aqueste animal  
tan principal que celebro,  
después de otras mil grandezas,  
hallo en él un privilegio.  
En que se aventaja á todos  
los demás que conocemos,  
ya es cierto y sabemos claro  
que el asno después de muerto  
cría siempre escarabajos,  
como cada día lo vemos;  
el caballo cría avispas,  
y el hombre en la tierra, puesto  
salen dél y su mortaja  
culebras, aquesto es cierto;  
y del buey salen abejas;  
mas deste animal tan bello  
y deste puerco, ¿qué sale?  
Un obispo reverendo,  
gloria y honra de las ollas  
y de estómagos hambrientos.  
Las bodas y los banquetes,  
los placeres y los juegos,  
si él no los honra, ¿qué valen?  
Yo sin él, reniego dellos.  
Los regalos, golosinas,  
de tantos gusto y provecho  
que de sus entrañas salen,  
¿á qué hombre no dan contento?  
La morcilla, el adobado,  
testuz y cuajar relleno,  
el pie ahumado, la salchicha,  
la cecina, el pestorejo.  
La longaniza, el pernil,  
que las paredes y techos  
mejor componen y adornan  
que brocado y terciopelos.  
Este gentil animal  
que ha dado, cierto sabemos,  
á más de algún rey de España  
su natural nombre mesmo.  
Y algún necio le ha pesado  
porque le han llamado puerco.  
Y á éste el mucho honor le daña  
como indigno de tenerlo.  
Quien su nombre da á los reyes,  
y con él honra á los reinos,  
¿de qué se afrenta, sepamos,  
si no es por no merecello?  
Pues Sancho, puerco ó cochino,  
todo es uno, aquesto es cierto,  
y deste nombre de Sancho  
¿cuántos reyes conocemos!  
La dulce hierba y bellotas,  
que manjar de Adán fué un tiempo  
ahora es suya, gozando  
de aquel siglo verdadero.  
Y aunque hay algunos que dicen  
que no es sano, es desconcierto,  
qué yo digo y probaré  
que es más sano que el carnero.  
Porque en las Indias les dan  
por regalo á los enfermos,  
en vez de pollo ó gallina,  
á comer carne de puerco.  
Y del jabalí la orina,  
es aprobado remedio

para el dolor de un oído,  
y yo he hecho experiencia desto.  
Derretido el puerco gordo,  
y con vinagre algo recio  
lavado, ó con agua clara,  
para que madure, es bueno.  
Y su preciosa manteca  
es buena contra el veneno,  
y el unto de su quijada  
para hinchazón del cerebro.  
Es contra la pestilencia,  
vuelve á las cejas los pelos,  
es muy bueno para empeines  
y para dolores viejos.  
Medicina saludable  
el unto suyo, y tras esto  
es un remedio eficaz  
para cámaras su estiércol.  
Teniendo estas propiedades  
y otras muchas que no cuento,  
páreceme injusta cosa  
decir que el puerco es enfermo.  
Que en aquella edad primera,  
por gran regalo sabemos,  
que los hombres le comían  
por ser muy sano sustento.  
¿Quién estuvo entonces malo,  
decidme, en aquellos tiempos?  
¿Quién tomó el agua del palo,  
jarabes ni cocimientos?  
¿Quién murió de pestilencia,  
tomó polvos, usó unguentos?  
¿Quién se purgó ó se sangró,  
ni tuvo roncha en su cuerpo,  
sarna, comezón ni tiña,  
ni el mal francés ó flamenco,  
tabardete, ni esquinencia,  
ni otros males que ahora vemos?  
Nadie; pues puerco comían,  
sin otros mantenimientos;  
gallinas, pavos, faisanes,  
no gustaban de comerlos.  
Porque sólo por sus plumas  
se estimaban; y en efecto,  
para otra ninguna cosa  
jamás les fué de provecho.  
Entonces para el pescado  
ninguno armó red ni anzuelo,  
ni estorbaban á las aves  
el presto y ligero vuelo.  
Matar buey era injusticia;  
las vacas y los carneros  
y los demás animales,  
libres gozaban del suelo.  
Solamente el puerco hidalgo,  
en los bailes, en los juegos  
y en las fiestas principales  
les aumentaba el contento.  
Pues jamás faltó en la casa  
más rica de todo el pueblo,  
regocijo en aquel día  
que tenían puerco muerto.  
¿Qué atabales, qué trompetas,  
qué flautas ó qué instrumentos  
eran de más alegría  
para niños, mozos, viejos?  
Decir que era enfermo entonces

fuera clamar en desierto,  
porque afirmar lo contrario,  
por opinión justa tengo.  
Cómalo, pues, todo el mundo,  
descuidado y sin recelo,  
pues se hacen dél medicinas  
más que romances se han hecho.  
Hasta aquel que en Calidonia  
fué por Meleagro muerto,  
ofreciéndole á Atalanta  
su hermosísimo pellejo.  
Por ser de tan alta estima  
se adornó con él Tideo,  
y con hija del rey Argos  
vino á casarse por esto.  
Entonces este animal  
era galán, limpio, bello,  
hermoso, grave y bizarro,  
si no lo estorbara Venus.  
Por el enojo mortal  
que tuvo con él un tiempo,  
por la muerte desdichada  
del bellissimo mancebo,  
quedando Juno y Minerva  
vengadas con verle muerto,  
al ya convertido en flores,  
de Cinira hermoso nieto.  
Y Venus, desto indignada,  
la limpieza de su cuerpo  
la convierte en suciedad,  
y hácele que sea muy feo.  
Y que entre los lodos ande,  
siempre metido en los cienos,  
y el pobre de verse así,  
asqueroso, sucio y negro,  
nunca de corrido habla,  
ni alza los ojos del suelo,  
mas con estar como está,  
siempre de verlo me alegro.  
Y así, sucio, cabizbajo  
y asqueroso, ruego al cielo  
que no le falte jamás  
á la nuera de mi suegro.  
Lo que tiene es que en la vida  
es animal sin provecho  
y holgazán, que la comida  
la gasta holgando y gruñendo.  
Porque diréis que la oveja  
da la leche, lana y queso;  
que labra la tierra el buey,  
canta el gallo, caza el perro.  
Trabaja el asno y encierra  
el trigo el agosto hecho,  
el caballo va á la guerra,  
del ratón escombra el techo  
el gato maullador,  
y otros muchos sin aquestos,  
y solamente el cochino  
mientras vive nunca es bueno.  
Pero cuando de su vida  
llega el venturoso término,  
y su alegre San Martín  
le viene, que viene presto,  
¿qué decis deste animal,  
cuando de muy sucio puerco  
le convertís en tocino?  
entonces, ¿es malo ó bueno?



Con lo que está en sus entrañas  
sepultado y encubierto,  
se entretienen todo un año  
padres, madres, hijos, nietos.  
¡Oh bellissimo animal!,  
que, como probado tengo,  
eres el más provechoso  
de cuantos hoy conocemos.  
Concluyo, por no cansar,  
y digo que eres tan bueno,  
que quien fuere tu enemigo  
será enemigo del cielo.  
Mi gran rudeza perdona,  
cochino hermano, pues siendo  
sin número tus grandezas,  
tan pocas son las que cuento.  
Y si en alabar soy largo  
á un animal que es tan bello,  
quien fuere puerco, perdone,  
y no se corra de sello.  
A mi compañero digo  
que tenga de hoy más consuelo,  
y si todo lo que he dicho  
no ha sido de algún provecho,  
hágase animal de carga  
si no está contento desto,  
ó de caza, y podrá ser  
que le despedacen perros.  
Mas yo por mejor tendría  
ser cochino que no ciervo,  
y si no lo quiere ser,  
sufrá carga y sea jumento.  
Que quien se afrenta de ser  
de boca de mujer puerco,  
de la de un amigo suyo  
ser asno no es mucho yerro.  
Y si también se afrentare,  
mañana le alabaremos,  
que alabanza hay para todos  
aunque no para hombres necios.

## 118

## XXXIV.—Loa de las cuatro edades.

Antes que diesen las aguas  
que ahora riegan el suelo,  
fertilidad á los campos  
y tributo al mar soberbio.  
Y antes que el viento veloz  
tuviera forma ni asiento,  
y la gran Troya humillara  
sus bien fundados cimientos.  
Y antes que el fuego abrasase  
aquellos muros excelsos,  
cuyas sagradas reliquias  
aún nos sirven hoy de ejemplo.  
Era el aire y era el mar  
lo mismo que fuego y suelo,  
porque no era nada entonces  
ninguna cosa de aquesto.  
Sólo era aquel que es,  
porque su ser es eterno,  
desde *ab initio* nacido

y desde entonces inmenso.  
Lo otro era confusión,  
un caos, un dudoso estruendo,  
y aunque ser mucho esperaba,  
era un nada incorpulento.  
Queriendo, pues, el Criador,  
como hacedor de los cielos,  
formar este nuevo mundo,  
con querer se hizo luego.  
Hizo fuentes, ríos, mares,  
sierras, montes, llanos, cerros,  
crió plantas y animales,  
tan varios y tan diversos.  
Crió el hombre, y para él solo  
hizo la tierra y el cielo,  
crióle á su semejanza,  
hízole de todo dueño.  
Dióle razón, albedrío,  
dióle buen entendimiento,  
y sobre esto, compañía,  
como el mayor bien del suelo.  
Dió al hombre, mujer, gran bien  
de nuestros padres primeros,  
tuvieron hijos queridos,  
viviendo en paz y sosiego.  
Era aquesta edad, señores,  
en un tiempo tan sincero,  
que jamás fueron vestidos,  
ni pan ni carnes comieron.  
Vivían los hombres entonces  
una eternidad de tiempo,  
novecientos y treinta años  
vivió Adán, Seth poco menos.  
Con novecientos y diez,  
los menos á setecientos,  
porque entonces desta edad  
eran los hombres mancebos.  
Eran éstos apacibles,  
queridos, fieles, discretos,  
humildes, justos, tratables,  
así niños como viejos.  
No hubo nadie que buscase  
más que sólo su sustento,  
y éste fué común á todos:  
mirad qué tiempo tan bueno.  
Fué nuestra segunda edad,  
de la plata en este tiempo,  
empezó la industria humana  
á romper y abrir cimientos.  
A labrar reales casas,  
fabricar suntuosos templos,  
levantar soberbios muros,  
á alzar edificios bellos.  
Desta nueva confusión,  
deste laberinto nuevo,  
desta no usada costumbre  
y deste trabajo cierto,  
creció en los pechos la hambre,  
y en los hombres el esfuerzo,  
y mataban animales  
para sustentarse dellos.  
Cociéron pan, que jamás  
no vieron sus padres ni ellos,  
y los que desnudos iban,  
de la lana se vistieron.  
Hubo justicia sin ella,  
porque no la consintieron,

ni rey, que todos son reyes,  
donde todos son sujetos.  
Los bienes se repartían,  
al fin como suyos mismos,  
con tanto amor que ninguno  
pidió más ni llevó menos.  
En su poder los tesoros,  
fueron tesoros de sueño,  
que en lo que dormir tardaban,  
sólo eso gozaban dellos.  
Al fin, jamás los buscaron,  
porque todos los tuvieron,  
y nadie los procuró:  
mirad qué dichoso tiempo.  
Ya voy llegando á lo hondo,  
aquí de Dios, que me anego,  
al tercero llego ya,  
y el de arambre es el tercero.  
No fué este tiempo tan malo,  
que otro tiempo vendrá luego,  
que no hay arambre en el mundo  
que pueda soldar su yerro.  
En este tiempo hubo reyes  
que gobernaron sus reinos,  
juzgando con rectitud,  
y siendo juzgados ellos.  
Hubo tratos, hubo cambios,  
hubo cuentas con mil yerros,  
hubo avaricia en los ricos,  
y hubo soberbia en los necios.  
Hubo envidia, hubo privanza,  
no guardó nadie secreto,  
hubo enemigos de balde,  
y hubo amigos por dineros.  
Hubo ingratitud en muchos  
que se fueron al infierno,  
y hubo algunos con dos caras:  
ved qué tiempo tras qué tiempo.  
La cuarta y última edad  
es la que ahora tenemos,  
de hierro la dicen todos  
y bien lo dicen sus yerros.  
¡Ay!, ¡qué dijera de ti,  
tiempo bueno, tiempo bueno!:  
pero, al fin, como tu pan,  
y he de guardarte respeto.  
Sigo, tiempo, tu estandarte,  
tus tratos me has descubierto,  
y no quiero que se diga  
que te sirvo y que te vendo.  
Vivo al uso como todos,  
mas sabe el cielo si muero,  
por no decir lo que callo  
y por callar lo que siento.  
Pero diré y callaré,  
por no dejaros suspensos,  
y así declarando parte,  
dejaré el todo en silencio.  
En esta edad comenzaron  
las traiciones, los enredos,  
las muertes, los latrocinios,  
los insultos, desafueros,  
juzgar por el interés,  
dar lo hecho por no hecho,  
irse las hijas de casa,

matar los hombres durmiendo.  
Llamar al callado, grave,  
al que es hablador, discreto;  
al perdido, liberal,  
y al aplicado, avariento.  
Robar unos en poblado,  
en fe de un vestido negro,  
y alcanzar otros favor,  
porque tienen favor ellos.  
Comer muchos con callar,  
que es opinión de discretos,  
y hacerse ciegos á veces  
por no descubrir sus tuertos.  
Trocar los cuerpos de grana  
por piezas de terciopelo,  
y aun oír sermón algunos  
porque no tenían dineros.  
Comer hoy alguno un pavo,  
por hacerse caballero,  
y querer cenar mañana,  
y no tener para peros.  
Gastar su hacienda en creciente  
con doña Urraca, don Bueso,  
y quedarse á la menguante,  
ella rica y él encueros.  
Saber decir las mujeres  
adórote, eres mi cielo,  
peno, rabio, desconffo,  
suspiro, lloro, y tras esto,  
¡ay señor! que soy perdida;  
por un solo Dios le ruego  
que vuestra merced se esconda,  
que éste que llama es mi suegro.  
Metedle en esa cocina,  
cubridle con el tablero.  
póngase Hernández delante,  
y éntre mi señor don Diego.  
Entra el suegro tras el primo,  
y tras el primo, don Diego,  
y tras don Diego, el lacayo,  
y tras el lacayo, ciento.  
Todo este mundo es fingir,  
todo interés y embelecios,  
y al fin sin dichas todo:  
mirad si es errado tiempo.  
En éste, por mi ventura,  
mis pecados me trajeron,  
á que diese gusto á tantos,  
unos sabios, otros necios.  
Desventurado de mí,  
pues cuando acierto, no acierto,  
ni agradecen cuanto sirvo,  
ni perdonan cuanto yerro.  
Errar los hombres, no es mucho,  
que allá dice Marco Aurelio,  
que, quien errare como hombre,  
remedie como discreto.  
Si erráremos como tales,  
disculpados como vuestros,  
perdonando como nobles,  
callando como discretos.  
Recibiendo voluntades  
y admitiendo los deseos,  
que se humillan á serviros,  
y pesar de muerte y tiempo.